

DOS SERMONES NAVIDEÑOS

Los sentimientos encontrados que produce la época de Navidad han sido motivo de interesantes proyectos de carácter literario. Algunos aman la época de Navidad, otros la detestan. ¿Por qué? No importa qué religión se profese la llegada del invierno y la culminación del año se convierten en imágenes de fin y principio que nos mueven a reflexionar sobre el pasado y a hacer un ajuste de cuentas con la vida y con su carácter efímero, al margen de la concepción religiosa de la fe cristiana. Si Shakespeare y Dickens y aun antes, en la leyenda de *El caballero verde* de la literatura medieval inglesa, aprovecharon estas fechas para recrear las festividades de invierno y la melancolía que generan a través de los sentimientos contrapuestos de esperanza, gratitud, temor a lo desconocido y conciencia de la muerte, también los ensayistas afinaron sus plumas para meditar sobre el significado de la Navidad y el año nuevo. Los ensayos de los ingleses muestran, en lo fundamental, un carácter empírico en

tanto que consideran que buena parte del conocimiento proviene de los sentidos. Su enfoque no para mientes en sesudas teorías, mistificaciones y enredadas abstracciones, sino que es directo, sencillo, irónico, juguetón y elegante. “La buena prosa consiste en expresar sentimientos que sean naturales sin necesidad de caer en lo obvio”, fue el *dictum* de Addison que Hume que asumió para sí. Bajo esa norma se insertaron los ensayistas románticos que a su vez le imprimieron al género un giro creativo, paradójico y especulativo que ilumina la totalidad del texto como si se tratara de una ficción. A esa forma de escribir ensayos William Hazlitt le llamó “de sobremesa” (*Table Talk*) o “de conversación”.

En “En la noche de año nuevo” (“On New Year’s Eve”) Charles Lamb, el extraordinario prosista creador de un estilo elusivo y socarrón que se escudó bajo el pseudónimo de “Elia” para evitar suspicacias y poder soltar sus especulaciones y diatribas, discurre sobre el tiempo y la

proximidad de la muerte durante esa noche en particular. Stevenson, por su parte, muchos años más tarde, recoge el mismo tema, centrado en la Navidad, a través de lo que él llama un “sermón”, género afín al ensayo de los que la literatura inglesa tiene excelentes modelos que van desde John Donne hasta T. S. Eliot. Ensayo y sermón fueron escritos con el edificante propósito de reflexionar y levantar el ánimo de los lectores durante las celebraciones decembrinas. Lamb apuesta por la vida, Stevenson por la aceptación de la muerte; ambos se inclinan por una visión optimista muy ligada a la naturaleza que justifique principio y fin de nuestras vidas. El poema de Cotton que utiliza Lamb al finalizar afirma que “quien tiene un buen año cada tres / pero se queja del destino / mucha ingratitud muestra / y no merece el don que goza”. El de Stevenson se relaciona más con la aceptación de la muerte mediante una amplia imagen: “la alondra continúa su canto y el sol / concluyendo su bendición / se hunde mientras el aire oscurece / y se estremece por la sensación de la noche triunfante...”. Que los disfruten. —

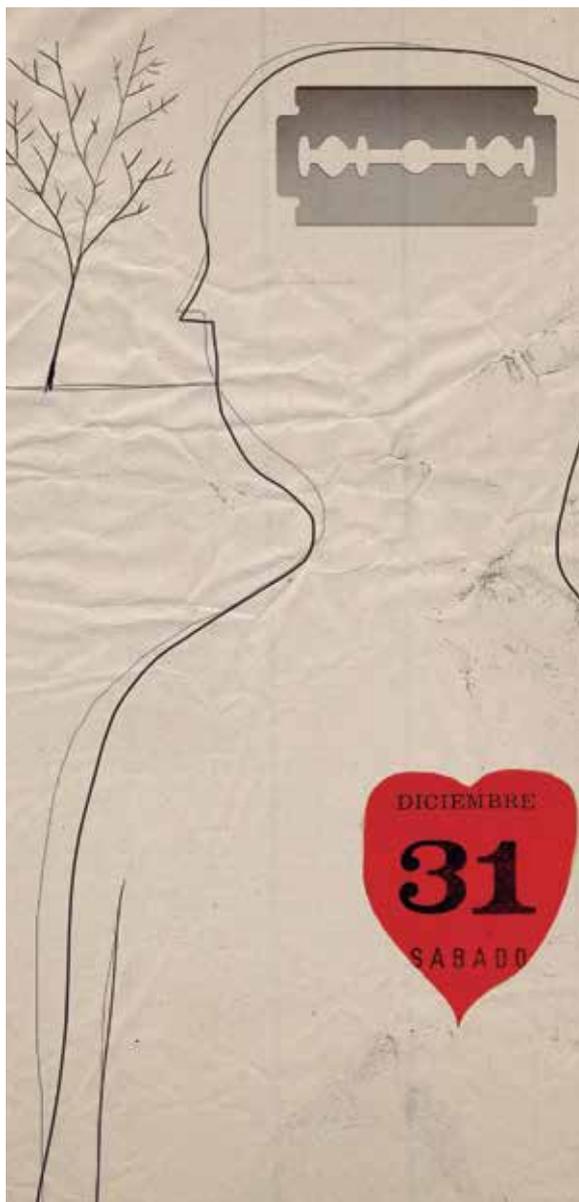
— HERNÁN LARA ZAVALA

EN LA NOCHE DE AÑO NUEVO

CHARLES LAMB

Todo individuo tiene dos cumpleaños: dos días, por lo menos, de cada año, que lo hacen meditar sobre el paso del tiempo y el modo en que afecta nuestra existencia mortal. El primero es al que de manera personal le decimos *mío*. Aunque con el desgaste gradual de las viejas costumbres está a punto de desaparecer el hábito de festejar nuestro cumpleaños, dejándose nada más a los niños, para quienes el paso del tiempo no refleja absolutamente nada, ni hace que entiendan otra cosa fuera del pastel y los regalos. Pero el inicio de un año nuevo es de tan vastas implicaciones que no pueden sustraerse de él ni el rey ni el mendigo. No hay quien vea con indiferencia el primero de enero. A partir de ese día todos miden su tiempo y cuentan el que les queda. Es el natalicio del Adán que llevamos dentro.

De todos los sonidos de todas las campanas (la música de las campanas es la más cercana al umbral del cielo) el más solemne y conmovedor es el repique que despide al año viejo. Nunca lo oigo sin que en mi mente se concentren todas las imágenes difusas de los últimos doce meses; todo lo que he hecho o sufrido, realizado o abandonado en ese tiempo que se ha ido para siempre. Empiezo a darle su valor, como cuando muere un individuo, y adquiere un matriz personal. No se trataba de un mero vuelo poético cuando algún contemporáneo exclamó: “Alcancé a ver las faldas del año que partía.”



Es algo de lo que todos parecemos estar conscientes, lo que, en triste sobriedad, significa una terrible despedida. Estoy seguro de lo que sentí, y que todos lo sintieron conmigo anoche; aunque algunos de mis compañeros prefirieran manifestar su regocijo por el nacimiento del año nuevo, en vez de su sentido pésame por el deceso del predecesor. Mas yo no soy de los que “da la bienvenida al que llega, apresurado al que se va”.

Yo soy, por naturaleza, de los que de antemano le temen a las novedades; a los libros nuevos, a las caras nuevas, a los años nuevos, a causa de algún defecto mental que me hace difícil enfrentar el porvenir. Casi no abrigo esperanza alguna y me alegran solo las vivencias de años anteriores. Me sumerjo en las visiones y conclusiones de antaño y me encuentro con mis decepciones pasadas. Tengo una armadura que me protege de viejas desilusiones y perdono, o venzo en mi fantasía a mis viejos adversarios. Apues-